

El psicólogo, los otros y la gente

Mariano Yela

Universidad Complutense de Madrid



¿Qué se piensa y espera hoy del psicólogo? Primero, ¿qué piensa y espera de él la *gente*, es decir, los hombres anónimos que forman la sociedad? Segundo, ¿qué piensan y esperan de él los *otros* —sus clientes—, los que establecen con él relaciones profesionales? Y, tercero, ¿qué piensa y espera el psicólogo de sí mismo?

Son cuestiones que importan a todos, porque todos o al menos muchos —y cada vez más— se interesan hoy por los temas, los problemas y los estudios psicológicos, y a muchos —cada día a más— les afectan las aplicaciones de la psicología. Son preguntas que importan sobre todo al psicólogo, que necesita perfilar y esclarecer su figura científica y su papel profesional.

Convendría averiguar las contestaciones, preguntando a cada cual. Se ha hecho muchas veces. Todos los años recogen los *Psychological Abstracts* decenas de encuestas sobre diversos aspectos de la cuestión. Existen, además, algunos intentos de síntesis, desde los primeros libros de Loutitt (por ejemplo, Daniel y Loutitt, 1953), el de Clark (1957) y el dirigido por Webb (1962), hasta las abundantes publicaciones de la *American Psychological Association* sobre la formación, funciones y normas profesionales y deontológicas del psicólogo en sus múltiples campos de especialización.

Apoyado en esos datos voy a intentar resumir mi propio y personal parecer: a imaginar, sobre esa base empírica y lo mejor que pueda, lo que piensan sobre el psicólogo y sus funciones la gente, los otros y él mismo.

EL PSICOLOGO Y LA GENTE

La gente es, por lo pronto, el *hombre de la calle*. ¿Qué piensa el hombre de la calle del psicólogo y sus funciones?

Lo primero que hay que decir es que, desde luego, el hombre de la calle *piensa* sobre el asunto. El psicólogo, la psicología y sus aplicaciones importan y preocupan hoy a la gente. Tal vez sea esto lo más notable de la cuestión. Porque, evidentemente, no siempre ha ocurrido así. Hace un siglo no existía ni podía existir esa preocupación,

porque hace ahora justamente un siglo nacía oficialmente, en el laboratorio de Wundt, la ciencia psicológica. Hace pocos años, en 1952, fecha en que se fundó la Sociedad Española de Psicología, existían ya, por supuesto, psicólogos y la psicología se aplicaba en diversos campos de la actividad humana. Pero no había conciencia pública del psicólogo. Para ser más preciso, sólo la había en unos pocos países y en sectores parciales de la sociedad. Hoy se ha hecho prácticamente universal.

Por entonces, la frase «Le presento a usted a Fulano, arquitecto» se aceptaba sin más. No así la frase «Le presento a Zutano, psicólogo.» Esta última provocaba cierta sorpresa: «¿Psicólogo?, y eso ¿con qué se come?». Hoy, no. Hoy la frase se entiende o sobreentiende. Todos, o casi todos, tienen cierta idea del psicólogo. En muchos países los escolares y estudiantes consideran la psicología como una opción más entre otras profesiones y una buena porción de ellos la elige.

Y es que, en amplia medida, se han hecho universales la presencia del psicólogo y el influjo de la psicología. La cultura actual está penetrada de expresiones y significados psicológicos. En la novela y el teatro, en la poesía, el arte y el ensayo, abundan los términos de la ciencia psicológica, muchos de los cuales han pasado incluso al habla popular de la vida cotidiana: test, cociente intelectual, reflejo, refuerzo, complejo, inconsciente, represión...

Por otra parte, los psicólogos proliferan y su número crece sin cesar. Alguna vez lo he comentado. La *American Psychological Association* fue fundada en 1892 por una treintena escasa de profesores; hoy debe de andar por encima de los 30.000 socios. Si sigue creciendo así, dentro de poco, como han «calculado» Boring y Wertheimer, habrá más psicólogos norteamericanos que habitantes en el planeta. Y algo parecido acontece en otros países.

Hay, sin duda, muchos psicólogos, tal vez no tantos como la sociedad necesita, pero sí, en bastantes lugares, más de los que la sociedad demanda. No es extraño. Recuerdo siempre, a este respecto, lo que me dijo el viejo Carl Seashore cuando en 1946 le visité en Iowa. «Cuando era estudiante —vino a decirme— había dos o tres asignaturas de psicología; ahora, tienen ustedes varias docenas; andando el tiempo habrá tantas psicologías como actividades humanas».

Es, efectivamente, lo que está pasando. Porque la psicología estudia, entre otras cosas, y muy principalmente, la conducta del hombre; pero la conducta del hombre en función de la situación a la que trata de atenerse, y las situaciones humanas son indefinidamente variables y variadas. Hay, o puede haber, psicología del niño y del viejo, del trabajo y del ocio, de la salud y la enfermedad, de la política y el deporte, de los padres y los hijos, de la educación y la ignorancia, de la diversión y el aburrimiento, del conformismo y la rebeldía, del arte de vender y del afán de comprar. La lista podría continuarse sin fin.

Por eso no es extraño que los psicólogos sean muchos, ni lo es que, además de ser muy numerosos, sean diversos y dispares entre sí. Los encuentra uno por todas partes y en los más distintos papeles y funciones. En el laboratorio, en el aula, en la fábrica, en el comercio, en las organizaciones empresariales y en los sindicatos, en la administración pública, en las fuerzas armadas, en las clínicas y en los hospitales. En cierto modo, nos acompañan desde poco menos que la cuna en sus tareas de orientación y planificación familiar hasta poco menos que la tumba, en los múltiples servicios de estudio y orientación de la tercera edad. Hay psicólogos que investigan y otros que aplican los resultados de la investigación. Unos, apenas hacen otra cosa que matemática o electrónica; otros, practican el arte del consejo personal, y, entre ambos extremos, los hay de todos los tipos y para todos los gustos, diestros en el uso de técnicas más o menos

cercanas a la precisión de las ciencias físicas, o más o menos próximos a la significación biográfica de las humanidades.

No hay duda. El psicólogo está ahí y la gente lo sabe. Sabe que lo necesita y que hay que contar con él. No sabe muy bien cómo. Creo que, fundamentalmente, lo considera como un hombre de ciencia que puede ayudarle a comprenderse mejor a sí mismo y a los demás, y como un experto cuyas técnicas pueden ayudarle a resolver ciertos problemas personales. La gente cuenta hoy con el físico y el ingeniero para hacerse una idea de la naturaleza y para construir casas y puentes. Cuenta con el psicólogo para comprenderse a sí mismo y para resolver situaciones concretas de su vida.

Como solía repetir Ortega, al hombre se le da la vida, pero no se le da hecha. Tiene que hacérsela. Y en esa inesquívica tarea ha recurrido siempre a ciertos expertos y consejeros: el mago, el sacerdote, el maestro, el médico. Hoy recurre también al psicólogo. Porque, entre los medios con que cuenta para hacer la vida figuran sus propios mecanismos psicológicos, sus ideas y creencias, sus aptitudes, destrezas, hábitos y motivaciones. La apelación al psicólogo como experto en problemas humanos es uno de tantos signos del cambio de actitudes del hombre y la sociedad al correr de los tiempos. Pone de manifiesto la secularización de ciertas zonas de la conciencia pública. En muchas situaciones en las que antes se buscaba al sacerdote o al hombre de experiencia, hoy la gente recurre al psicólogo o espera una formación psicológica adecuada en el sacerdote o consejero. Sin descartar necesariamente el lado misterioso de la vida, la gente tiende hoy a pensar que campos cada vez más amplios de la conducta normal y patológica constituyen fenómenos naturales y reclaman para su estudio y solución medios objetivos científicamente fundados. Creo que la función principal que la gente espera del psicólogo es el *dominio científico de los mecanismos psicológicos para poder hacer con ellos más diestra y sanamente su propia vida.*

De ahí que la figura del psicólogo ofrezca para la gente cierta semejanza con la del médico. Es alguien a quien se puede recurrir en la enfermedad y en el dolor para buscar curación, alivio y consejo. Hay, desde luego, diferencias entre ellos. El que tiene una muela picada o sufre un ataque de apendicitis recurre, sin duda, al médico. El que tiene graves dudas sobre su vocación profesional, sobre sus aptitudes y preferencias, recurre más bien al psicólogo. Pero existen zonas en las que la distinción es menos clara. ¿A quién recurrir cuando se siente uno anómalamente deprimido o extraño? En todo caso, la psicología forma parte, en la mentalidad de nuestro tiempo, de las ciencias de la salud. Yo diría incluso que, en esa mentalidad, la psicología suele más bien interpretarse como ciencia de la salud, mientras que la medicina suele verse más bien como ciencia de la enfermedad. Tal parecer no es, seguramente, muy justo. La curación de la enfermedad no es el fin único del cuidado médico. Fines suyos son también, y quizá más importantes, evitar la enfermedad y mejorar la salud. Pero estos últimos son los objetivos que la gente propende a reconocer más directamente en la psicología. La psicología ha hecho patente ante el hombre de la calle que existe una cierta «psicopatología de la vida cotidiana», que la vida corriente del hombre sano está llena de pequeñas y grandes dificultades, limitaciones y riesgos que cabe estudiar y tratar por procedimientos científicos. La función del psicólogo sería, según esta mentalidad, la de elaborar, como experto en los mecanismos psicológicos, una ciencia y una tecnología meliorativas y preventivas que ayuden al hombre sano a desarrollar y enriquecer su personalidad, a evitar o atenuar las fallas, anomalías y perturbaciones de su conducta, y sólo en último término, cuando éstas ocurren y adoptan un carácter patológico, a corregirlas y curarlas, en eventual colaboración con el médico y otros especialistas.

Otra expectativa —casi exigencia— surge y se acentúa en nuestro tiempo. La gente reclama, cada vez más, que el psicólogo se *comprometa*. Que no huya a la paz abstracta del laboratorio, que salga a la calle y ayude al hombre de carne y hueso. Que no ponga su saber neutro en manos del mejor postor, ni permita que el que más pague o el que más amenace pueda utilizar sus técnicas y conocimientos para, indistintamente, liberar o manipular a los hombres, para servirlos o para servirse de ellos. Parece que la gente reclama cada día con más fuerza que el psicólogo tome partido en las luchas del momento, desenmascare los intereses ocultos y se aliste en el combate por la libertad y la dignidad del hombre.

En resumen, la gente, creo yo, piensa que el psicólogo cumple o debe cumplir tres funciones principales. Primera, actuar como *experto en los mecanismos psicológicos* para *fomentar el desarrollo sano de la personalidad, prevenir sus deficiencias y atenuarlas o corregirlas* cuando ocurren. Segunda, ofrecer al hombre de la calle un sistema de conocimientos que le ayude a *comprenderse a sí mismo y a los demás*. Tercera, que, desde su competencia en problemas humanos, participe en el esfuerzo cotidiano por una *sociedad mejor*.

Entre la gente figuran también los *hombres de ciencia*. ¿Qué esperan del psicólogo? Creo que, en síntesis, piden que la psicología sea más *ciencia* y más *psicológica*. Más ciencia, es decir, un sistema más coherente, de mayor rigor en sus conceptos y más estricta verificación en sus conclusiones. Más psicológica, es decir, un sistema de conocimientos que permita explicar la acción humana y comprender su sentido.

Porque la psicología estudia la conducta, y ésta la elabora y ejecuta un sujeto activo, animal o humano. Tiene siempre, por eso, una significación biológica o un sentido personal. El animal no mueve sin más unos músculos; con esos movimientos se comporta de alguna manera: corre, merodea o descansa, ataca o juega, come, corteja, persigue o se defiende. El hombre no sólo es estimulado por ciertas energías físicas y reacciona ante ellas con estas secreciones o aquellos movimientos; a través de todo eso y mediante todo ello se conduce; trabaja o descansa, estudia o contempla, elige o rechaza, se pasea o huye, reza, visita un museo o lucha por un ideal. Conducirse es responder significativamente a las situaciones. La psicología, como *ciencia*, debe mostrar el adecuado rigor metodológico en sus hipótesis, sus deducciones y sus verificaciones empíricas y experimentales. En cuanto *ciencia psicológica*, ha de emplear ese rigor en el estudio, la explicación y el esclarecimiento de la conducta significativa del ser vivo.

Creo que eso es, principal o sumariamente, lo que piden y esperan del psicólogo el físico, el biólogo, el médico, el biógrafo, el historiador, el sociólogo, el economista, el filólogo, el teólogo. Hay que reconocer que, con frecuencia, se ven defraudados. La psicología apenas empieza a saber cómo armonizar el rigor y el sentido. Los estudios más rigurosos suelen versar sobre situaciones sumamente artificiosas y sobre aspectos menudos, insignificantes y parciales del comportamiento. Los estudios que más ambiciosamente se encaran con situaciones de la vida real y con aspectos plenos de sentido suelen alejarse lastimosamente del rigor y la comprobación precisa. No lo dicen sólo los otros científicos y pensadores, de Heisenberg a Rusell, pasando por Koestler; lo vienen a recoger, directa o indirectamente, los mismos psicólogos. Los ejemplos abundan. Recordemos alguno. Hace bastantes años, en un estudio factorial de los intereses de los científicos mi maestro Thurstone (1932) halló que los psicólogos se caracterizaban por su interés por la ciencia (saturación de 0.77) y por su preocupación por los problemas del lenguaje (0.47); en cambio, su interés por el hombre era, curiosamente, nulo (-0.04). Probablemente, como en algún lugar comenta Eysenck, el psicólogo de entonces, absorto en la contemplación del comportamiento de la rata, dedicaba lo mejor de su

esfuerzo a elaborar un lenguaje científico para explicarlo con rigor. Y, sin embargo, por los mismos años, una encuesta entre esos mismos psicólogos, mostró que el colega más admirado por ellos era William James, claro y penetrante expositor, como es sabido, de la *corriente del pensamiento*, siempre afectada, según él, por un sentido personal. Lo mismo, aproximadamente, ocurre hoy. La psicología se cultiva de muchas maneras; todas, o casi todas, pueden ordenarse en una dimensión que va del rigor al sentido; según muestran numerosas investigaciones, entre ellas, por citar alguna de las más recientes, la de Coombs (1970, p. 72 y s.).

Parece claro que una función capital del psicólogo, según los cultivadores de otras ciencias, es *armonizar el rigor y el sentido*: Ser capaz de estudiar de forma estrictamente científica los fenómenos y mecanismos psicológicos que intervienen en la conducta de los hombres, evitando reducirlos todos en aras del rigor a los aspectos físicos del comportamiento de la ameba, la paloma o la rata, y evitando, por igual, abarcarlos todos, en aras del sentido, en grandes intuiciones experimentalmente no verificadas o inverificables. La psicología al uso está lejos de esta armonía. En la medida en que la logre podrá responder más adecuadamente a las demandas de las otras ciencias, y hacer verdad, por ejemplo, la afirmación de Saussure de que la lingüística es, en el fondo, una rama de la psicología social.

EL PSICOLOGO Y LOS OTROS

El otro, decíamos, es el cliente. ¿Qué piensa y espera del psicólogo? Más o menos, lo mismo que el hombre de la calle. Si acude al psicólogo es porque tiene alguna dificultad. Lo que espera es que el psicólogo la elimine o le ayude a superarla. El que quiere una casa acude al arquitecto y espera que éste se la construya. El tartamudo o el obsesivo acude al psicólogo y espera que éste le libera de su tartamudez o de su obsesión. El cliente piensa, por lo pronto, que el psicólogo es un experto competente que dispone de técnicas válidas para resolver su problema.

Creo, sin embargo, que no todo acaba ahí. El cliente distingue de alguna manera entre el arquitecto y el psicólogo. Al arquitecto le confía la construcción de una casa. Al psicólogo se confía él mismo. Al arquitecto podemos pedirle, por ejemplo, que oriente la casa en una cierta dirección. Al psicólogo le pedimos que nos oriente a nosotros mismos. No es igual. Orientar un objeto es colocarlo en una cierta posición. Colocar una persona en una cierta posición no es orientarla, es manipularla. Orientar a una persona es capacitarla para que se oriente a sí misma. Lo que espera el cliente del psicólogo es que, a través de las técnicas pertinentes, *le libere de su dificultad*; le libere a él, le haga más libre, más dueño de sus propios mecanismos psicológicos y más capaz de disponer de sí mismo. No en general y como un caso cualquiera, sino en particular, en *su* caso particular, como tal persona concreta; es decir, a través del encuentro personal y no meramente técnico con el psicólogo. Esa es, creo, la peculiar función que el cliente espera del psicólogo. No meramente la aplicación desde fuera de una técnica eficaz. Eso lo puede hacer también —tal vez mejor— un robot o un computador electrónico. Y todo parece indicar que, en efecto, cada vez se aplicarán más los computadores y los robots para esos menesteres. Un robot —sin necesidad de llegar a ser positrónico, como los de Asimov, puede hacer un diagnóstico o dirigir un determinado aprendizaje, como puede hallar la solución de un problema algebraico o extraer una muela. Basta que esté convenientemente programado. Lo propio del psicólogo no es eso. Es ofrecer todo eso a través del encuentro personal.

¿Supone este encuentro algo más que la aplicación de una técnica? Creo que el hombre, cuando acude al psicólogo, así lo piensa. No porque estime que la técnica es innecesaria. Al contrario, eso es lo que busca y espera: que el psicólogo sea técnicamente competente. Sino porque estima que su relación con el psicólogo le dará algo más que la remoción objetiva de la dificultad: la posibilidad de disponer más plenamente de sí mismo.

La técnica, en general, y, por lo que a nuestro tema atañe, las técnicas psicológicas —las de orientación y consejo, las de medida, diagnóstico y análisis funcional, las de psicoterapia y modificación de conducta—, en los casos en que su eficacia esté comprobada, son conquistas irrenunciables que el hombre ha conseguido penosamente en un trabajo de milenios y que sería suicida perder. Sin embargo, sólo pueden ponerse al servicio del hombre si se emplean, no como útiles para manejar al sujeto, sino como instancias incitadoras del encuentro personal entre los hombres y de la libre apropiación, desde la intimidad de cada uno, de las posibilidades que ofrecen (Yela, 1967 a).

EL PSICOLOGO Y LA PSICOLOGIA

He intentado exponer lo que del psicólogo esperan los demás. ¿Qué puede, por su parte, ofrecer el psicólogo? ¿Cuáles son, según él, sus propias funciones? Trataré de reflejar en lo que sigue el parecer común de los psicólogos. En todo caso, espero dejar claro cuál es el parecer de al menos uno de ellos, este modesto psicólogo que soy yo.

Empezaré por lo más obvio. Las funciones del psicólogo son fundamentalmente tres: investigación, enseñanza y aplicación.

Primero, la *investigación*. La primera función del psicólogo es hacer psicología. Ante todo, por la sencilla razón de que no está hecha. Creo que pueden distinguirse cinco períodos en la breve historia de la psicología científica (Yela, 1975). El preparatorio, hasta 1850; el constitutivo, hasta 1890; el de consolidación, hasta 1910; el período de la crisis de desarrollo y de la lucha de las escuelas, hasta 1950; la fase, en fin, de primera madurez, en la que nos ha tocado la fortuna y la pena de vivir.

La psicología, a mi entender, está apenas iniciando su etapa madura, todavía vacilante y problemática. Es verdad que su desarrollo metodológico es impresionante y su caudal de conocimientos pletórico e inabarcable. Repase el lector, para convencerse, los interminables volúmenes del *Handbuch der Psychologie* de Gottschaldt y colaboradores. Y, sin embargo, no es menos cierto que queda mucho por hacer y que, en lo mucho hecho, hay, por casi todos los costados, incertidumbres, oscuridades y discrepancias. La psicología, a pesar de su amplitud y riqueza —tal vez por ellas—, no da la impresión de un todo sistemático, coherente y sólidamente fundado. Por supuesto, no quiero dar a entender que algún día, por fin, estará rematada y conclusa. No parece que pueda estarlo nunca ninguna ciencia y, además, la materia de estudio de la nuestra es, como dije, ilimitada. Si las plantas y los animales del planeta comprenden varios millones de especies, por qué sorprenderse —decía Ortega— que sean aún más ricas y variadas la flora y la fauna psicológicas. Lo que quiero decir es que la psicología no presenta todavía, sino a trechos y muy parcialmente, un torso unitario, indiscutido y unánime de conocimientos verificados.

Lo cual implica que todo psicólogo ha de ser en algún modo investigador. No cabe admitir en psicología puros tecnólogos, expertos exclusivamente en tal o cual técnica. Las técnicas se renuevan constantemente, a medida que se perfilan y amplían sus bases empíricas y experimentales; tienen que ser constantemente validadas y revalidadas, a medida que se perfeccionan la teoría y los métodos y cambian las circunstancias y los

sujetos. Es cierto que el psicólogo ha de especializarse. No tiene más remedio; no puede abarcar todos los campos. Sólo los *Psychological Abstracts* dan cuenta cada año de más de 25.000 trabajos y publicaciones. Pero el psicólogo especialista debe ser ante todo un psicólogo general especializado, nunca por entero ajeno a la investigación básica y razonablemente competente para entender y proseguir esa investigación. De lo contrario cae fácilmente en la rutina, el dogmatismo o la palabrería. No debiera entonces llamarse psicólogo.

Por otra parte, sólo mediante la investigación puede el psicólogo cumplir una de las funciones que con más apremio le exige el estado actual de su ciencia: contribuir a la unidad de la psicología, todavía no lograda.

Porque la palabra psicología designa en nuestra cultura un amplio campo semántico. Hay, por lo pronto, una psicología *vital*, que se hace al hilo de la vida, con el saber que va decantando en el hombre el sabor de la experiencia. Cada cual es psicólogo, bueno o malo, a su manera. En los negocios de cada día suele llamarse buen psicólogo al que sabe —como expresivamente decía Gracián— «hallarle a cada uno su torcedor». Esta psicología se manifiesta y usa en el quehacer cotidiano y se eleva a interpretación y logos narrativo de mil maneras desiguales en las costumbres, el lenguaje, las artes y los mitos. Es la que Pío Baroja llamaba *psicofilia*: la que permite, en la novela, contemplar el discurrir de la vida humana que, cuando la vivimos, se nos escapa en momentos fugaces; *Les maisons, les routes, les avenues* —ha escrito Proust— *son fugitives, hélas, comme les années*. ¿Disponemos de algún medio mejor que la obra de Dostoievski, Dickens, Balzac o Pérez Galdós para conocer la psicología de ciertos hombres y ciertos ambientes de la Europa del siglo XIX?

Psicología significa también, por supuesto, un conocimiento *científico*, conceptual, sistemático y demostrativo. Adopta tres formas principales; la filosófica, la comprensiva y la experimental. Hay una psicología *filosófica* y una manera de hacer filosofía a partir de problemas psicológicos y antropológicos o en torno a ellos. Es incluso una manera muy característica de la filosofía actual. Piénsese en Bergson, James, Husserl, Heidegger, Jaspers, Sartre, Merleau-Ponty, Ricoeur, Ortega, Zubiri, Whitehead, Russell y las corrientes del materialismo dialéctico, el psicoanálisis existencial o marxista, el neopositivismo, la analítica del lenguaje y el estructuralismo.

Y hay, finalmente, una psicología deliberadamente *positiva*, que trata de atenerse al fenómeno para captar su sentido personal —psicología *comprensiva*— y para describirlo y explicarlo en función de variables y conceptos empíricos experimentalmente verificables —psicología *experimental*—.

Las tres últimas acepciones no tienen igual vigencia. La más común y fuerte es la experimental. La psicología comprensiva no existe hoy aparte e independientemente. Tiende a trasformarse en una metodología de las ciencias históricas, a prolongarse en forma filosófica o integrarse en la psicología experimental, a la que, sobre todo en sus vertientes clínicas y en sus direcciones más humanísticas, enriquece y amplía. Los trabajos de psicología filosófica suelen circular bajo otras denominaciones epistemológicas, lógicas, antropológicas o metafísicas. La psicología, como ciencia, es hoy, fundamentalmente, un intento de describir, explicar y comprender la conducta del ser vivo, y principalmente del hombre, por procedimientos empíricos y experimentales.

Cierto que hay en ella, claramente confesadas o veladamente implícitas, tendencias ideológicas y filosóficas diversas, del materialismo mecanicista al espiritualismo idealista, con todos los matices intermedios. Ciertamente hay en ella distintos niveles de indagación, según los cuales se hace psicología física, bioquímica, fisiológica, biológica, comportamental, psicosomática, fenomenológica, sociológica, antropológica o biográfica.

Cierto, en fin, que se utilizan en ella las técnicas más dispares, desde las más abstractas, impersonales y matemáticas a las más personalizadas. Pero por debajo de tantas diferencias se abre paso desde mediados de siglo una orientación unitaria que señala, en el terreno propiamente positivo, el principio de la madurez de la psicología. Esta unidad, todavía precaria e incipiente, se manifiesta a través de cuatro signos presentes en todas o casi todas las tendencias: 1) Aceptar como único argumento final y decisivo la comprobación empírica y experimental. 2) Admitir la variedad de enfoques, técnicas y niveles, como reflejo de la intrínseca multilateralidad de la vida humana. 3) Considerar la psicología como la ciencia de la conducta —acción y experiencia— de los seres vivos y del hombre en particular. 4) Tratar de aplicar la observación empírica, el lenguaje matemático y la metodología experimental al estudio de la conducta humana, de forma cada vez más rigurosa, y, al tiempo, más ajustada a su peculiar complejidad y sentido, sin mutilarla ni deformarla (Yela, 1971).

Como muestran los intentos de Tolman, desde el *behaviorism*; de Lewin, desde la *Gestalttheorie*; de Luria, desde la neuropsicología soviética; de Buytendijck, desde la psicología animal, o de Piaget, desde la biopsicología genética; como muestra incluso el más reciente desarrollo de la psicología de raíz skinneriana, con la progresiva admisión del autocontrol y el refuerzo verbal, simbólico, y en el fondo, cognoscitivo, creo que toda la psicología contemporánea trata de buscar su unidad más allá del dualismo cartesiano en la consideración de la *conducta como movimiento significativo* o *significación físicamente real* (Yela, 1963, 1974, 1975).

No es que, por un lado, esté la conciencia —la *cogitatio*—, y, por otro, los movimientos y secreciones —*le corps machine*—. Es la conducta físicamente real —movimientos y secreciones— la que significa cólera o miedo, inhibición o ataque, reflexión o aturdimiento, y todas las acciones con las que el hombre responde a las situaciones y responde *de* su propia respuesta.

Merecería la pena repasa a fondo las primeras páginas del *Peri psykḗs*, el primer libro sistemático de psicología. Se pregunta allí Aristóteles qué es propiamente la cólera. No es, sin más, dice, «deseo de venganza» —*órexis antilypeseos*—. Eso no es la cólera, es su significación, su *lógos*. La cólera es *lo* que tiene esa significación, el fenómeno físicamente real, «el ardor de la sangre o de lo cálido en torno al corazón» —*zēsis tou perī kardian haimatos e thermoū*—. Pero estos movimientos y secreciones, o los que la ciencia vaya precisando, no son tampoco, sin más, la cólera; son, decía Aristóteles, su materialidad, su *hýle*. La cólera efectiva y real, la única que existe, es esos movimientos físicos significando realmente el deseo de venganza; es el deseo de venganza físicamente real. La cólera no es ni significación —*lógos*—, ni movimiento orgánico —*hýle*—, ni por separado, ni unidos; es la *unidad*, no la unión, de un único fenómeno —un *lógos énylos*—: el deseo físicamente real del iracundo.

Creo que una función capital del psicólogo de nuestros días es intentar construir una psicología que respete a la vez el rigor y el sentido, que compruebe con *rigor* la estructura y el funcionamiento de la conducta como fenómeno físicamente significativo por el que la vida del animal tiene y elabora un *sentido biológico* y la del hombre un *sentido personal*.

En la medida que lo logre, podrá el psicólogo responder mejor a las demandas que le hacen los otros y la gente; ayudarles a comprender la acción del ser vivo, a comprenderse a sí mismos y a los demás, y a disponer más libremente de sus mecanismos psicológicos.

Podrá entonces tal vez la psicología reconocer sus raíces en la experiencia de la vida cotidiana, con la que, desde luego, no se identifica —una bofetada, decía Lashley,

expresa mejor la ira que toda posible explicación científica—, pero de la que, en buena parte, procede, y a la que, de algún modo, tiene que explicar y comprender. Después de todo, el objeto de la ciencia no es explicar abstracciones, sino realidades, subordinando todos sus métodos, inevitablemente analíticos y abstractivos, a lo que Luria (1976) llama el *ascenso hacia lo concreto*.

Y podrá entonces abrirse la psicología, sin reticencias ni complejos, tanto a las ciencias físicas y biológicas como a las humanidades, de todas las que forma parte y entre las que puede ser un puente de unión.

En segundo lugar, la *enseñanza*. Que una de las funciones del psicólogo es enseñar psicología parece obvio y no reclama ulterior comentario. Haré, sin embargo, tres observaciones.

La primera atañe a la enseñanza de los psicólogos. Para lograrla cabalmente estimo que todo plan de estudios debe esforzarse por cumplir dos requisitos: formar, ante todo, *psicólogos con mentalidad y preparación científica*, iniciados en la investigación básica, para lo cual es indispensable disponer de los laboratorios oportunos, y formar *expertos en la investigación y tratamiento de problemas prácticos*, lo que reclama un período de tutoría y trabajo supervisado en servicios de psicología aplicada.

La segunda se refiere a la enseñanza de la psicología en otras Facultades y Departamentos universitarios. Parece claro que una función importante del psicólogo es hoy mostrar fehacientemente la necesidad de incluir disciplinas psicológicas en los planes de estudios de otras especialidades; desde luego, en las pedagógicas, médicas, sociales, industriales, etc., pero asimismo, al menos con carácter opcional, en los demás estudios. Creo que a todo universitario debería ofrecérsele la posibilidad de conocer las líneas esenciales de la historia de su especialidad, la teoría o filosofía de la misma y las perspectivas psicológicas de sus problemas y aplicaciones.

La tercera concierne a la enseñanza de la psicología en los niveles escolares previos. Creo que nuestra ciencia dispone, a pesar de todo, de un conjunto suficiente de conocimientos teóricos y prácticos que debe incorporarse a la enseñanza general, para iniciar en ella la consideración psicológica de los problemas humanos y despertar y orientar vocaciones. De qué manera articular las materias psicológicas en los programas escolares, sobre todo en los preuniversitarios, pero también en cursos de extensión cultural y enseñanza de adultos, es asunto que debe ser seriamente considerado por los psicólogos como uno de sus funciones importantes.

Y, en tercer lugar, la *aplicación*. Las funciones prácticas del psicólogo son o pueden ser, como se dijo, tantas como las actividades del hombre. No es ocasión de entrar ahora en su estudio pormenorizado, que se encontrará fácilmente, por lo demás, en la abundante literatura a la que al principio hice alusión. Baste consignar aquí que las principales funciones versan sobre tres grandes sectores de la vida humana: la educación, el trabajo y la salud.

El hombre, al conducirse, va haciendo su personalidad. Comienzan por hacérsela, genética y comportamentalmente, los demás. Lo que sea el hombre mañana depende en buena parte de lo que el niño es hoy. Y lo que hoy sea el niño es en amplia medida función del trato y ambiente que los demás le brindan. Una clara función del psicólogo es su intervención como experto en el consejo prematrimonial y en el estudio y asesoramiento de las relaciones familiares, desde la primera infancia, y de las escolares, interindividuales y de grupo en el proceso de socialización, enseñanza y desarrollo personal del hombre hasta su incorporación al mundo del trabajo. Orientación familiar, escolar y profesional, con sus facetas de investigación, diagnóstico y análisis, consejo, tratamiento y evaluación, son funciones que reclaman una participación cada vez más

amplia del psicólogo. Recuérdese, por ejemplo, que, según estimaciones plausibles, convendría disponer de un psicólogo escolar por cada 1.000 a 3.000 alumnos y de un orientador por cada 300 a 500 (Webb, 1962, p. 167 y 172).

El hombre, de otra parte, hace su vida en sociedad, en la que se integra a través del trabajo y de su participación en organismos e instituciones diversas. Una función primordial del psicólogo es estudiar y tratar los aspectos humanos que favorecen la eficaz realización del trabajo y el desarrollo adecuado de las organizaciones. El trabajo es una conducta humana. Es siempre *algo* que hace *alguien con otros*. Para ser eficaz ha de serlo productiva, personal y socialmente. Ha de lograrse con él, por lo pronto, la debida productividad, la que exijan las necesidades y aspiraciones de los hombres en cada tiempo y lugar. Sólo un trabajo productivo es un trabajo eficaz. Pero productivo ¿para quién? Obviamente, para el hombre; ¿para quién si no? Un trabajo productivo sólo es eficaz si se alcanza mediante una conducta del hombre que permita y fomente la expresión y el desarrollo de su personalidad. Si la productividad se logra a costa del deterioro o deformación del que trabaja, la conducta laboral no es tampoco eficaz. Y el hombre trabaja con los otros. Sólo es verdaderamente eficaz el trabajo que consigue la productividad conveniente a través de conductas que favorecen la expresión y crecimiento de la personalidad, en un clima técnico, cultural y humano que facilita la integración del hombre en los grupos de trabajo y en la sociedad. La psicología del trabajo y de las organizaciones ha promovido la aparición de diversos especialistas que pueden ayudar al hombre a la realización eficaz del trabajo, a la coordinación del trabajo y el ocio y a la participación del individuo y los grupos en las distintas organizaciones de la vida social (Yela, 1977 *a*, 1977 *b*, 1979).

A lo largo de la vida se plantea asimismo el problema de la salud y sus vicisitudes. La educación del hombre se dirige hacia la consecución de una personalidad sana, progresivamente más plena y más plenamente autoposeída (Yela, 1967 *b*). Es un proceso que no acaba con la infancia. Si así fuera, más le valdría al psicólogo cambiar su puesto —como decía Allport— por el de ama seca. No; la educación es un proceso permanente por el que el hombre, sin cesar, se bieneduca o maleduca, enriquece su personalidad o la empobrece, se apropia sanamente o se enajena en mil perturbaciones. Del mismo modo, el trabajo eficaz persigue el dominio de la naturaleza para que el hombre, todos los hombres, puedan libre y solidariamente, en la medida en que sean capaces de hacerlo posible, construir un mundo sano y buscar en él, sin angustia insoportable, su propio destino.

Pero la salud es un concepto límite. En uno de los ingeniosos cuentos de Chesterton, Flambeau, el ex-ladrón detective, le informa a su jefe: «Acabo de conocer a un sacerdote de Apolo que cura todas las enfermedades.» El padre Brown le contesta: «¿Cura también la enfermedad psicológica?» A lo que Flambeau replica: «¿Cuál es, la enfermedad psicológica?» Y Brown concluye: «Creer que uno está completamente sano.» El equilibrio personal o la dosis conveniente de desequilibrio, la capacidad de atenerse inteligente y creadoramente a la realidad, el vigor para seguir, pese a todo, en la brega, están al margen de la enfermedad somática llenos de conflictos, fallas y discordancias que los perturban y dificultan y que impiden el sano desarrollo de la personalidad. Es el vasto campo en que los psicólogos clínicos se han diversificado en la más rica gama de funciones: la rehabilitación, la orientación y enseñanza de minusválidos de todo tipo, la prevención de accidentes, el tratamiento de conflictos, de aprendizajes defectuosos o nocivos, de frustraciones intrapersonales, interindividuales y sociales, la terapia individual, ambiental y comunitaria de anomalías y desajustes de la conducta, el diagnóstico,

análisis, tratamiento y orientación personal en las deficiencias actuales o previsibles de la vida cotidiana de los individuos y los grupos.

En el fondo, todas las aplicaciones de la psicología se resumen en una: estudiar la conducta del hombre en sus diversas situaciones y actividades y poner a su disposición los resultados del estudio para mejorarla.

EL COMPROMISO DEL PSICOLOGO

Creo que el psicólogo debe, como se le pide, comprometerse. La cuestión es saber cómo.

En cuanto *investigador* el psicólogo, a mi juicio, debe tener el valor de rechazar todo compromiso, salvo uno: atenerse a la verdad.

El mejor servicio que puede prestar a los hombres es desoír sus incitaciones cuando le piden que se aliste en cualquier bando, ideología, secta o partido. Lo suyo es mantenerse independiente y, en la más estricta neutralidad axiológica, buscar no lo que según éste o el otro debe ser, sino lo que es; no a quién vale más servir, sino cuál es la verdad.

Es para lo único que el investigador debe estar preparado y en lo único que realmente pueden tener alguna autoridad y competencia. Decía una vez Oppenheimer que el científico tiene una única y gran fortuna: poder trabajar con la deliciosa seguridad de que si yerra otro investigador le corregirá. Esa es la ética del psicólogo como hombre de ciencia: aventurarse a buscar la verdad entre los hechos; atreverse a defenderla y a rechazar el error. Ese es su derecho y, sobre todo, ese es su deber. El penoso deber de no obedecer a nadie, sino a la misma realidad. El difícil deber de recluírse, cuando la investigación lo demanda, en el laboratorio, que no es ni mucho menos la denostada torre de marfil donde se refugia y se aísla de las luchas del mundo, sino el lugar preciso donde el científico participa en esas luchas, con esfuerzo y tesón y pasión y sudores, para servir a los hombres de una forma que los demás, justamente por estar empeñados en otros combates, no pueden hacer: poner toda creencia, toda idea, toda opinión, toda doctrina, en contraste con la realidad y examinar imparcialmente si concuerda o no con ella. Criticar: esa es la función del psicólogo como investigador. Criticar, que no es atacar ni defender a nadie, ni censurar ni alabar nada, sino cribarlo todo para dejarlo en la verdad.

Entiéndase bien; no quiero decir que eso es lo que hace el investigador. Digo que eso es lo que debe esforzarse por hacer. La marcha de la ciencia y la labor del investigador obedecen a muchas circunstancias, no todas coincidentes con la voz de los hechos. El hombre de ciencia es un hombre como los demás. Tiene sus preferencias y sus valores. No se trata de que no los tenga. Se trata de que se esfuerce por percatarse de ellos, de que intente tenerlos en cuenta y de que evite, en lo posible, que influyan en los resultados de su trabajo y en la interpretación de los mismos.

¿Comprometerse el psicólogo en su función investigadora? Según y cómo. ¿Con los hombres, con éstos o con aquéllos?: de ninguna manera. ¿Con la verdad?: por entero.

Pero el psicólogo *aplica* su saber. Lo aplica en la vida de los hombres. Ahí no puede rehuir el compromiso valorativo. Debe participar en sus luchas concretas. Debe tener un código ético y deontológico, hacerlo público, atenerse a él y someterse a sus sanciones.

Creo que el precepto capital de ese código, en el que todos los demás se resumen, es éste: pon siempre tus técnicas al servicio del hombre; no las utilices ni permitas que otras lo hagan para servirte de él.

Servir como psicólogo al hombre es ayudarle a disponer mejor de sus mecanismos psicológicos para que sea, en lo posible, más libre, más dueño de sí, más capaz de hacer por su cuenta su propia vida.

Bibliografía

- CLARK, K. (1957). *America's psychologist: A survey of a growing profession*. A.P.A., Washington, D. C.
- COOMBS, C. H.; DAWES, R. M., y TVERSKY, A. (1970). *Mathematical psychology*. Prentice-Hall, New Jersey.
- DANIEL, R. S., y LOUITT, C. M. (1953). *Professional problems in psychology*. Prentice-Hall, New Jersey.
- GOTTSCHALDT, K.; LERSCH, Ph.; SANDER, F., y THOMAE, H. (1959 y S.). *Handbuch der Psychologie*. Hogrefe, Göttingen.
- LURIA, A. (1976). «El reduccionismo en psicología». Actas del V Congreso Nacional de Psicología. Valladolid, 45-55. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 1976, 31.
- THURSTONE, L. L. (1932). «A multiple factor study of vocational interests». *Personnel J.*, 10, 198-205.
- WEBB, W. B. (ed.) (1962). *The profession of psychology*. Holt, New York.
- YELA, M. (1963). «Conciencia, cuerpo y conducta. Reflexiones sobre el sentido de la psicología contemporánea». *Revista de la Universidad de Madrid*, 11, 41, 7-29.
- YELA, M. (1967 a). «Una psicoterapia de la libertad». Prólogo al libro de Rogers, C. y Kinget, G. M. *Psicoterapia y relaciones humanas*. Alfaguara, Madrid.
- YELA, M. (1967 b). *Educación y libertad*. Banco de Vizcaya. Bilbao.
- YELA, M. (1971). «Introducción» a la obra de Thomae, H. y Feger, H. *Corrientes principales de la nueva psicología*. Morata. Madrid.
- YELA, M. (1974). *La estructura de la conducta*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid.
- YELA, M. (1975). «Psicología». En la obra dirigida por Lain, P. *Historia Universal de la Medicina*. Salvat, Barcelona, tomo VII, 73-84.
- YELA, M. (1977 a). «Psicología del trabajo», en Katz, D. (ed.). *Manual de Psicología*, Morata, Madrid, 617-677.
- YELA, M. (1977 b). «Mando y trabajo eficaz», en el libro colectivo *Trabajo y Estrés*, Karpos, Madrid.
- YELA, M. (1979). «La humanización del trabajo». Conferencia de clausura del VIII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Directores de Personal. *La humanización del trabajo en Europa*. Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 241-250.